



**JOE L.
WHEELER**

HISTORIAS
CON
ángeles

Historias con ángeles

Joe L. Wheeler



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Dedicatoria

Introducción

Sección uno

El punto de inflexión

Leña y velas

Un ángel en la oscuridad

El maestro controla las luces

Ángeles guardianes

Colgado de los dedos

Sección dos

A través de la tormenta

Un ángel caminó conmigo

El telegrama que salvó mi tren

Cuando los ángeles anduvieron a caballo

John G. Paton y los caníbales

El toque de las manos angélicas

La oración y el terror nocturno

Sección tres

A sus ángeles mandará acerca de ti

La mano en el timón

¡Corre!

Mil millas de milagros

El poder de una canción

Los ángeles de chortiza

Sección cuatro

La tarjeta de visita

Apoyo

La noche intranquila de un monarca

Tormenta de nieve
Providencia en revolución
Omnipresencia
Deberíamos estar muertos

Sección cinco

El mar a mis espaldas
Fe
¡Detén el barco!
“Dios cuidará de ti”
El pasajero misterioso del tren PG-16
El deseo de Maximiliano
¡Corramos a contarles a nuestros amigos!

Reconocimientos

Historias con ángeles

Joe L. Wheeler

Título del original: *My Favorite Angel Stories*. Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A., 2013.

Dirección: Gabriela S. Pepe

Traducción: Doris Samojluk

Diseño del interior: Giannina Osorio

Diseño de tapa: Ivonne Leichner

Ilustración de tapa: Shutterstock (Banco de imágenes)

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 2013 Pacific Press Publishing Association.

© 2017 ACES.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-154-4

Wheeler, Joe L.

Historias con ángeles / Joe L. Wheeler / Dirigido por Gabriela S. Pepe. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

Traducción de: Doris Samojluk.

ISBN 978-987-798-154-4

1. Ángeles. 2. Cristianismo. I. Pepe, Gabriela S., dir. II. Samojluk, Doris, trad. III. Título.

CDD 235.3

Publicado el 30 de abril de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Dedicatoria

Son dos de las personas más queridas que conozco. Ella ha recorrido la vida con el mismo entusiasmo de un niño por el maravilloso mundo que compartimos. De hecho, siendo adolescente, devoraba cada página de la enciclopedia familiar. Incluso en la actualidad, tantos años después, viajar con ella es una aventura, pues quiere explorar cada camino desconocido que ve. Su esposo, como piloto, está enamorado del aire tanto como ella. Él también está comprometido con la vida de misión y en servir a los menos afortunados dondequiera que se encuentren. Supuestamente, ahora están jubilados, pero no podrías adivinarlo, al verlos ayudar a otros. Por todo esto, siento una gran alegría al dedicar este libro de historias sobre ángeles a mi cuñada y mi cuñado, quienes son responsables por dos de las historias de esta colección:

Marla y Gary Marsh, de Poplar, Montana, EE.UU.

Introducción

¿Existe alguna diferencia entre historias bíblicas sobre ángeles e historias sobre ángeles de la Nueva Era?

Joseph Leininger Wheeler

Manejaba bajando la montaña Conifer una dorada mañana de septiembre. Aquí y allá, pequeñas manchas amarillas de hojas de álamo anunciaban la inminente llegada de otro cambio de estación. Pero mi mente estaba en otro tema: estaba elevando una plegaria a mi Socio escritor, el buen Señor:

Señor, me encuentro en un apuro. La fecha límite para entregar este libro sobre ángeles está cerca, y todavía no tengo ni la más remota idea de cómo debería organizar las historias, qué historia debería estar ubicada en primer lugar y cuál debería ser el tema de mi introducción. Por supuesto, será acerca de los ángeles, pero es un tema tan amplio que todavía estoy “en veremos”. ¿Qué aspecto del ministerio de los ángeles debería desarrollar en la introducción? ¿Me permitirías una vez más acceder a las profundidades de tu sabiduría? Mi sabiduría es escasa e inadecuada, para estas demandas.

Mientras entraba en el café para nuestro desayuno semanal con el “club de servicio de Conifer”, no me imaginaba que el Señor ya estaba en el proceso de contestar mi oración. Invariablemente, nuestras sesiones del club concluyen con lo que llamamos “Dólares felices”, momento en el cual cada miembro responde a la pregunta: “¿Por qué estás feliz hoy?” Junto con su respuesta, cada uno

aporta dos billetes de un dólar, como contribución a los gastos de nuestro club. Casi siempre, esta parte de nuestra mañana comienza a las 8:20 (diez minutos antes de concluir nuestra reunión). Pero, por alguna razón inexplicable, uno de los integrantes puso sobre la mesa sus billetes media hora antes, y los demás lo imitaron rápidamente.

Por mi parte, declaré que estaba feliz por el manuscrito de historias sobre ángeles en el que estaba trabajando. Inmediatamente, otro miembro del club cuestionó:

-¿Cómo sabes cuando tienes una historia de ángeles *verdadera*? ¿No podría suceder que fueran simplemente historias de “coincidencias”?

En la discusión cruzada que siguió, surgió otra variable: la diferencia entre una historia sobre “ángeles” y una que fuera compatible con ángeles tal como son representados en la Biblia. ¿Cómo diferenciaba yo entre ambas?

Afortunadamente, yo había hecho un trabajo preparatorio relacionado con este asunto, aun cuando no había tocado este tema específicamente en mis anteriores libros sobre ángeles. En este caso, me había sentido impresionado a tomar un camino que insumía tiempo: revisar cerca de una docena de colecciones de historias sobre ángeles de mi biblioteca, y determinar si eran compatibles con los ángeles de las Escrituras. Si bien estos libros habían sido publicados por editoriales cristianas, no me tomó mucho tiempo descubrir que no existía norma alguna.

A mí me había conmovido el testimonio en primera persona de un ministro cristiano. Tenía que ver con un día memorable de mayo en que mientras caminaba con su esposa, de pronto escucharon una conversación a sus espaldas. Quienesquiera que fuesen, venían caminado más

rápido que ellos, por lo que aminoraron la marcha para dejarlos pasar. Sin embargo, lo que vieron fue ángeles con vestimentas sueltas que flotaban en el cielo sobre la pareja paralizada; ángeles femeninos que hablaban animadamente en un lenguaje desconocido. No había una razón evidente por la cual estos ángeles hubiesen elegido revelarse a esta pareja, a menos que fuera para probarles que los ángeles realmente existían. Mi primera sorpresa tuvo que ver con el género de los ángeles: abiertamente femenino. La segunda: que no había una razón aparente para su revelación a la pareja.

Ahora que estaba comparando historias sobre ángeles dentro de estas antologías, busqué deliberadamente narraciones que representaran a los ángeles como seres femeninos. No me parecía un problema la idea de ángeles andróginos. Imagínense mi sorpresa, al descubrir que había unas cuantas colecciones que mostraban ángeles femeninos. Luego descubrí que, invariablemente, se encontraban en colecciones reunidas por editores o compiladores específicos. Una vez que descubrí esto, comencé a buscar otros aspectos que me sorprendieran. Y los descubrí. Encontré que tales historias tendían a ser *místicas, incorporando niños mostrados como seres angélicos y espiritualistas*, algo casi rayano en la *adoración a los ángeles*.

Por eso, hice un estudio de los ángeles bíblicos. En más de 250 representaciones bíblicas, ninguno de ellos es femenino, sino masculino. Hasta Billy Graham lo confirma. Además, los ángeles bíblicos están siempre realizando una tarea o comisión; nunca están simplemente jugueteando o presentándose en forma cursi. La gran batalla entre las fuerzas del bien y del mal no permite frivolidades o humanizaciones como la descrita en la creación de Frank Capra “*¡Qué bello es vivir!*”, bajo el nombre Clarence. Los

ángeles de las Escrituras no se limitan simplemente a aparecer, sino que siempre hay una razón importante por la cual se presentan en determinado lugar, independientemente de si los seres humanos involucrados en la historia conocen el peligro que los acecha. En casos de vida o muerte, ¡lanzan órdenes como un sargento de entrenamiento!

Cuán agradecido estaba, en nuestra discusión, porque ahora sabía la diferencia entre las historias sobre ángeles de las Escrituras y las historias sobre ángeles de la Nueva Era, cosa que desconocía hacía apenas una semana.

Cuando el tiempo oficial de la reunión hubo terminado, los miembros de nuestro club entraron en un serio intercambio de ideas sobre qué buscaba yo, al elegir historias sobre ángeles con las cuales me sintiera cómodo. Contesté que excluía historias que fueran meramente de “coincidencias”. Tenían que ser desviaciones de las leyes naturales. Inmediatamente, uno de ellos pidió:

-¡Danos un ejemplo!

Elegí una de las historias que había escuchado contar a mi suegro, tomada de su propia vida. Dado que Kirpor Palmer, mi cuñado, la había escuchado más veces que sus hermanas, le había pedido que la escribiera y había recibido el texto hacía poco tiempo. Por lo tanto, les conté la historia titulada “El punto de inflexión”, en forma abreviada. Cuando terminé, hubo una explosión de historias verídicas similares que habían sucedido en las vidas de los presentes.

Chuck contó sobre una ocasión cuando era joven, con más testosterona que cerebro (típico de varones de cierta edad), y estaba conduciendo su motocicleta por una carretera de dos carriles en desierto a Mojave, California, Estados Unidos.

Iba a una velocidad de entre 150 y 160 kilómetros por hora. Por alguna razón inexplicable, varias veces sintió una mano invisible que lo empujaba hacia el otro carril. Simplemente, no podía explicarlo. De pronto, inmediatamente después de que la mano empujara su motocicleta hacia el carril opuesto, en la nebulosa de la velocidad vio a su derecha un tablón enorme que cruzaba el carril por el cual debería haber estado circulando. Si hubiera seguido en ese carril a la velocidad a la que iba, no podría haber evitado chocarlo y habría muerto. ¡*Supo* que Dios había enviado a un ángel para salvar su vida!

Entonces Ron, otro miembro, habló y dijo:

-Es asombroso: mi historia es casi la misma que la que Joe compartió con nosotros. Y yo tenía más o menos la misma edad: un muchacho que hacía cosas tontas.

Y pasó a contarnos cómo el alguacil local lo había arrestado dos veces por conducir una motocicleta sin licencia (era demasiado joven para tener una). La segunda vez, le había advertido seriamente que si eso volvía a suceder, lo enviaría a la cárcel. Entonces, vendió su motocicleta marca Triumph y se compró un camión viejo (el único vehículo de cuatro ruedas que podía pagar); al que también manejaba sin licencia, aun sabiendo lo que le sucedería si lo atrapaban por tercera vez. Había canjeado su Triumph por un terreno en las montañas de Colorado, pero resultó que estaba en un lugar tan remoto que no había caminos para llegar hasta allí. Por lo tanto, decidió cargar su lamentable imitación de camión con pedregullo y transportarlo a su nueva propiedad, para comenzar a construir un acceso.

El tema es que su camión comenzó a avanzar cada vez más lentamente a medida que subía la montaña.

Finalmente, llegó a lo que parecía un desvío (apenas un poco más visible que un sendero) y el camión se desplazaba cada vez más lentamente hasta que llegó a un pequeño puente. Ahí, en el medio del puente, se detuvo y no pudo avanzar más. Como si esto no fuera ya bastante adverso, el camión cargado con pedregullo estaba tan pesado que el puente se rompió, y Ron y el camión cayeron por un barranco.

¡Ahora, *realmente* sí estaba en un aprieto! En aquellos días, ese lugar era campo inexplorado; había pocas casas y muy distanciadas entre sí. Casi no había tráfico en esa vía polvorienta; y de todos modos, nadie circulaba por ese camino que apenas se podía llamar así. Estaba muy, muy lejos de su casa. No se atrevía a contactar a la policía, aun si hubiese podido encontrar a un agente en las tierras inexploradas del cañón Coal Creek. Entonces, oró: “Señor, como tú bien sabes, me he metido en muchos problemas anteriormente, pero este debe ser el más zonzo de todos. No tengo la menor idea de qué hacer. Pero, si alguna vez me fueras a sacar de un embrollo, esta sería la ocasión adecuada”.

Entonces, increíblemente, escuchó el sonido de un camión. *¿De dónde habrá salido?* El conductor se bajó y gritó:

-¿Tienes idea de dónde puedo comprar pedregullo?

Casi riendo, Ron señaló hacia el pedregullo cargado atrás de su camión y dijo:

-Como puedes ver, puedo venderte un poco. Es una carga muy pesada, para que mi camión suba esta cuesta. Pero antes de vendértelo, debes resolver cómo sacar mi camión del barranco.

El conductor dijo que pensaba que podía sacar el camión, aunque primero debían alivianar la carga del camión de Ron. Y así, luego de transferir la mayor parte del pedregullo, recibir el pago correspondiente y ver cómo su camión, ya más liviano, era remolcado fuera del barranco, Ron agradeció a su Salvador y se dirigió a su nueva propiedad. Nunca volvió a ver a aquel hombre, ni encontró a nadie que lo hubiera visto. En primer lugar, ¿cómo apareció en el sendero tan lejos del camino principal? Y para desafiar las leyes de probabilidades aún más, ¿buscaba pedregullo? La única respuesta posible era: *tuvo* que haber sido un ángel.

Se contaron otras historias similares. Llegado a este punto, nos habíamos excedido en más de media hora de nuestro tiempo habitual de reunión.

La única conclusión posible a la que puedo llegar es la siguiente: cuando cada uno de nosotros mira hacia atrás en su vida, es raro que alguien no tenga un incidente parecido: rescates providenciales, momentos en que nuestras vidas fueron salvadas por desviaciones inexplicables de las leyes naturales o de las probabilidades; cuando Dios intervino, a través de sus ángeles, para salvarnos.

Cuando volví a mi hogar luego de esa reunión del club de servicio, el Señor había contestado a todas las preguntas de mi oración de esa mañana temprano.

Joseph Leininger Wheeler

Sección uno

*Él me invocará, y yo le responderé;
Estaré con él en momentos de angustia;
Lo libraré y lo llenaré de honores
(Salmo 91:15, NVI).*

Al reunir estas historias sobre ángeles, la cuestión más difícil de decidir fue cuál utilizar para abrir la colección, debido a que hay tantas narraciones impresionantes entre las cuales elegir... Como creo que no hay grandes autores sino grandes historias, quién es el autor es casi irrelevante: es el poder de la historia misma lo que determina su ubicación.

Finalmente, lo que decidió el asunto fue el título mismo pues, de una manera única, el título de un libro respalda, para mejor o para peor, todas las otras historias de la colección. Si no es casi perfecta como elección, ciertamente empequeñece todas las demás historias incluidas.

Tengo que admitir que existe una razón personal para mi elección: una de las personas más queridas que he conocido en mi vida es mi ya fallecido suegro, Derwood Palmer, quien causó un gran impacto en las vidas de quienes lo conocieron. Con candidez, yo sentía curiosidad por saber qué era lo que lo había moldeado, lo que había dado forma a su singular visión de la vida y determinado la forma de las velas de su embarcación. Y esta información la proveyó mi

cuñado Kirpor, quien la extrajo de los recovecos de su memoria.

Siempre he estado intrigado con los puntos de inflexión. Tales epifanías frecuentemente se experimentan sin ser notadas. Solo en retrospectiva, cuando miramos hacia atrás en la vida, tropezamos con días que, por alguna razón u otra, son pivotantes: si no hubieran estado allí, cuán diferente habría sido esa vida.

El punto de inflexión

Kirpor Palmer

Las cosas comenzaban a parecer un desastre para el muchacho de 17 años: no era querido en su hogar y no tenía dinero, y ahora ¡estaba varado en los Alpes Trinidad! ¿Qué debía hacer?

Mi padre, Derwood Palmer, fue uno de los hombres más fascinantes que alguna vez haya conocido: era contratista, constructor, albañil, misionero, maestro, músico, narrador, y un hombre irresistiblemente divertido (la vida en su compañía nunca era aburrida).

Sin embargo, no siempre fue así. Su madre falleció dando a luz y él fue adoptado por una familia. Sus hermanos y hermanas adoptivos lo trataban como un intruso indeseable, y su nuevo padre no se limitaba a hacerlo sentir despreciable: solía señalar una pila de retazos de madera y decirle que se construyera un cobertizo en el patio trasero y que viviera allí, en lugar de hacerlo en la casa, con el resto de la familia.

Aunque asistía a la iglesia con su familia adoptiva, había una diferencia enorme entre lo que se predicaba desde el púlpito y la forma en que era tratado por supuestos “cristianos”. Por eso, papá no quería saber nada de ser cristiano. Amaba la música y tenía un gran oído musical (por lo general, le bastaba escuchar una pieza una vez para poder reproducirla). Comenzó a tocar en bares por diversión, y también por los pequeños ingresos que recibía. También comenzó a fumar.

Cuando tenía 17 años, mi padre decidió ir a la zona norte del centro de California para recoger almendras en la época de la cosecha. Mientras trabajaba en la plantación, vio un automóvil muy antiguo. Le hizo una oferta al dueño y este la aceptó. Trabajando en sus horas libres, logró tener el automóvil en funcionamiento para cuando llegó el final de la cosecha, y así tuvo un transporte para volver a su casa.

Sin embargo, en el camino de regreso, no le llevó mucho tiempo descubrir que su viejo cacharro tenía el hábito, bastante desagradable, de detenerse abruptamente cada cuarenta o cincuenta kilómetros, sin motivo aparente. Luego de unos veinte o treinta minutos arrancaba nuevamente, sin importar si él hacía o no algo.

Cada tanto, levantaba a alguien que “hacía dedo”, pero todos y cada uno lo abandonaban cuando ese auto perverso volvía a detenerse en medio de la ruta.

Una de las características de mi padre era su buena visión, gracias a la cual podía divisar, al costado de la ruta, cosas tales como herramientas y otros pequeños objetos que nadie más notaría. Por lo tanto, en ese viaje en que debía detenerse y continuar repetidas veces, hizo una parada no obligada, para recoger lo que resultó ser una pistola calibre 22. Rápidamente la envolvió en un trapo y la puso debajo del asiento. En ese momento, la ruta estaba desierta, así que no hubo testigos del incidente.

Otro hábito desagradable que tenía su reacio corcel era que consumía mucho combustible. Cada vez que llenaba el tanque, la nafta desaparecía con tanta rapidez que llegó a bajarse del auto, para ver si el tanque estaba agujereado. Lo que lo inundaba de temor era que todas esas paradas en las estaciones de servicio iban drenando sus ahorros de verano a una velocidad alarmante.

Finalmente, llegó a la ciudad de Redding y tomó la ruta 299 hacia el oeste, en dirección a su casa, en Eureka. El ciclo continuó: la necesidad constante de nafta, paradas abruptas, girar la manivela. (Los autos antiguos no tenían el arranque adentro, sino que había que salir, caminar hasta el frente, y arrancarlo a mano hasta que el motor se “incendiara”, por así decirlo. En esos tiempos, muchos sufrieron lesiones en las manos y los brazos cuando el arranque se volvía contra quien trataba de encenderlo.)

El auto subía pesadamente los Alpes Trinidad cuando sucedió lo inevitable: el auto se detuvo una vez más, pero ahora ¡no había dinero para comprar nafta! Y esto sucedió por lo menos treinta años antes de que existieran las tarjetas de crédito y pudieras pagar cosas sin tener dinero en efectivo.

¿Qué hacer ahora? Sus ahorros del verano habían desaparecido. En esa época, esa era una ruta sucia y con muy poco tráfico. Estaba muy lejos de lo más parecido a un hogar que tenía, y no tenía ninguna manera de llegar.

Por primera vez en su vida, mi padre experimentó la desesperación. En ese momento, recordó lo que le habían enseñado en su hogar adoptivo: el poder de la oración. En su cabeza giraban los pensamientos contrastantes de no ser querido ni apreciado, en comparación con lo que había aprendido acerca de Dios. No viendo otra alternativa, allí, en el camino desierto y polvoriento, finalmente se volvió a Dios, y oró pidiendo ayuda y perdón.

De pronto, vio a un hombre a caballo que se dirigía hacia él. Al aproximarse al auto varado, tiró de las riendas y preguntó a mi padre si tenía una pistola para vender.

Sorprendido, papá contestó:

-Sí, tengo una pistola calibre 22.

Luego de examinarla, el jinete le ofreció cincuenta dólares.

Papá estuvo de acuerdo con el precio (incluso habría aceptado mucho menos, debido a su precaria situación). Tomó el dinero, sacó la billetera de su bolsillo y lo guardó. Luego, levantó la vista para agradecer al hombre.

Pero no había ningún caballo, ningún jinete... y ninguna pistola. Sin embargo, cuando abrió nuevamente la billetera para asegurarse, ¡allí estaba el dinero que le había dado el hombre! Sacudió su cabeza, incrédulo. Miró hacia abajo, donde había estado el caballo durante su diálogo con el jinete. Había huellas de cuando el caballo había llegado al lugar, pero ¡no había huellas del caballo cuando se alejaba!

Entonces, mi padre agradeció a Dios por el milagro realizado en su favor, por hacer posible que regresara a Eureka. Luego caminó y caminó, hasta que llegó a una estación de servicio, pidió prestada una lata, la llenó de nafta, y el dueño de la estación de servicio lo llevó en auto hasta el lugar donde había quedado varado. Luego de cargar la nafta, llenó el tanque y manejó los 120 kilómetros restantes hasta su casa.

Papá nunca olvidó la manera en que Dios le envió un ángel a caballo, a quien le vendió un arma (¡que claramente no necesitaba!) que no tenía al dejar la plantación de almendros. Lo más importante fue que esa experiencia produjo una reconstrucción instantánea de su autoestima hecha añicos. Aunque no era aceptado ni amado en su hogar, era tan importante para el Creador del universo que envió a un ángel en su auxilio.

Para mi padre, ese fue *el punto de inflexión en su vida*.

En todos los años que he buscado historias de archivo, como una suerte de arqueólogo de historias, la colección más magnífica de narraciones sobre ángeles que he encontrado alguna vez es, sin lugar a dudas, la obra magistral de W. A. Spicer, publicada en 1918 y titulada “La Mano que interviene”. No la considero de esta manera porque sean historias magistralmente elaboradas desde el punto de vista literario, sino por la tremenda cantidad de trabajo resultante de los esfuerzos de Spicer por contener en un libro las historias más conmovedoras sobre ángeles alguna vez escritas. Y fueron tomadas de los archivos de historias de muchas denominaciones cristianas.

No fue hasta que leí por segunda vez esta antigua historia que comprendí su mensaje verdadero: mayormente, Dios no actúa en lugares comunes o en general, sino que lo hace en forma específica. Al pensar en mi propia vida de oración a través de los años, no puedo evitar estremecerme al recordar que muchas de mis oraciones fueron tan generales e indefinidas que, en retrospectiva, parecen tiros al voleo (el cazador, dudando de poder acertarle a algo con un solo tiro, recurre a una escopeta, esperando que algún tiro le acierte a algo). De hecho, había estado elevando cierta oración de ese estilo durante un tiempo, pero quedé tan impresionado con esta historia que ahora oro por un resultado específico. Luego, al darme cuenta de que, probablemente, me lleve un tiempo conocer el resultado, oro para que Dios también me haga saber enseguida cuando se ha resuelto el asunto.

¡Cómo se fortaleció mi fe cuando, en el transcurso de 48 horas, llegó de la nada un mensaje de correo electrónico informándome que el asunto se había resuelto, lo que contestó de esa manera ambas oraciones al mismo tiempo!

Leña y velas

W. A. Spicer

“¡Oh, Padre, tenemos leña y velas!”

“¿De dónde las obtuvieron? ¿Estás seguro de que no fueron dejadas aquí por error?”

Entonces, ¿quién las trajo? Y ¿por qué?

El informe de esta experiencia, ocurrida en tiempos antiguos en Nueva Inglaterra, Estados Unidos, fue publicado en un diario de la época llamado *El Reflector*.

Un hombre íntegro, el diácono P., estaba económicamente arruinado por salir como garante de un hombre en quien confiaba. Tenía una esposa que agonizaba e hijos que mantener, y se vio obligado a buscar otro empleo a mitad del invierno. Una mañana, cuando se había quedado sin recursos y aún no había encontrado otro trabajo, su pequeña hija le informó que no había leña ni velas, y le preguntó:

-¿Cómo cuidaremos de nuestra querida madre esta noche?

Él corrió a su cuarto y, en agonía, pidió ayuda al Señor. Olvidándose de otros deseos, rogó y rogó por los dos artículos que se necesitaban en forma especial, especificándolos con fervor. Se levantó de sus rodillas con plena seguridad de fe y con tranquilidad celestial. Siguió adelante, esperando la respuesta, sin buscarla por sus propios medios.

Sin embargo, luego de un día de buscar empleo sin resultados, regresó con tristeza a su hogar. Atravesó el portón de entrada, y quedó sorprendido al ver delante de este un generoso montón de leña. El pequeño Johnny abrió la puerta aplaudiendo y exclamando:

-¡Oh, padre, tenemos leña y velas!

-¿De dónde vinieron? ¿Estás seguro de que no las dejaron aquí por error?

-Oh, no, padre -interrumpió su hija Hatty-, no fueron dejadas aquí por error. Un hombre llamó a la puerta con su látigo y, cuando abrí, preguntó si tú vivías aquí. Le dije que sí. Luego dijo: "Aquí hay velas y una carga de leña para él". Le pregunté si tú lo habías enviado y me dijo: "Yo diría que tu padre no sabe nada al respecto". Le pregunté: "Entonces, ¿quién lo envió?" Me contestó: "Ah, no puedo contarle. ¡Pero debes decirle que es un regalo!"

Era un misterio para él saber con quién estaba en deuda por el alivio de su necesidad. Y lo que llamaba más la atención del diácono P. era el carácter de los regalos anónimos: habían sido enviadas las cosas que tanto necesitaban, y no otras. Estaba seguro de que no había mencionado esas necesidades a ningún oído humano.

Preguntó nuevamente a los niños. Ellos describieron al hombre que había llamado a la puerta, el caballo y el carro que manejaba. Un nuevo pensamiento lo asaltó.

-Quizás -dijo-, ese carruaje pertenece a mi viejo enemigo, Graff.

¿Sería posible que él fuera el donante? Si era así, seguramente el dedo de Dios había tocado su corazón. Tan

convencido estaba el diácono P. de que ese hombre era su benefactor, que resolvió hacerle una visita de inmediato.

Parece que este Sr. Graff era un destilador de alcohol. En un tiempo, ambos habían sido amigos, pero el diácono P. era tan activo en su causa en favor de la temperancia que se había ganado la enemistad del destilador. Por más que había tratado de conciliar con él y mostrarle que no tenía hostilidad personal hacia él, el destilador se negaba rudamente a darse por enterado cuando el diácono lo saludaba. Este era el hombre al que el diácono ahora iba a visitar. El informe continúa:

El diácono P. entró en la destilería de su antiguo amigo. Por primera vez en años, su propietario movió su cabeza en señal de reconocimiento. Era evidente que algo inusual había suavizado su corazón.

-He venido -dijo el diácono- a preguntarte si puedes decirme quién envió leña y velas a mi casa hoy.

-Sí, señor, yo las envié.

-¡Es muy amable de tu parte! Pero, por favor, dime cómo se te ocurrió hacerlo.

-Primero déjame preguntarte si realmente las necesitabas.

-¡Oh, no podría decirte cuánto!

-Bien, entonces supongo que debo explicarte -respondió el Sr. Graff-. Es todo muy extraño, y por momentos, parece algo tonto. Esta mañana, cerca de las diez, de pronto me pareció que una voz me decía: *Envía leña a la casa del diácono P., pues él la necesita.* Yo estaba atónito. Traté de sacudir de mi cabeza ese pensamiento y me dediqué a trabajar con más ahínco. No podía creer que tú la

necesitaras. Y no podía, justamente yo, enviártela. Pero la voz, me pareció, dijo nuevamente con claridad dolorosa: *Envía leña a la casa del diácono P., pues él la necesita.* Rechacé la idea por considerarla débil y tonta, una simple fantasía de mi mente. Pero fue inútil, y tuve que sucumbir. Cuanto más ridiculizaba y resistía la impresión, tanto más vívida e irresistible era. Finalmente, para tener paz mental, y todavía asombrado, ordené a John que cargara su carro con leña y la dejara en la puerta de tu casa. Por un momento estuve en paz, pero solo por un momento. El susurro imperativo volvió: *¡Envía velas!* Me dije a mí mismo que esto era absurdo y que no haría caso de este impulso. Pero, una vez más, fui tan acosado por este mandato y me sentí tan mal por rechazarlo que, con tal de terminar con mi tormento, le alcancé a John también unas velas. No he podido dejar de pensar en esto desde ese momento. De a ratos pensaba que era un comienzo de locura, y luego, una vez más era tal la naturaleza de la impresión, tan inesperada, tan solemne, tan poderosa, y era tal la paz que siguió al obedecerla, que casi creí que era algo sobrenatural.

-Se trata, ciertamente, de las obras de quien es maravilloso en su obrar -contestó el diácono P.-. Era cerca de las diez, lo recuerdo bien, cuando rogué a Dios por los mismos y exactos artículos que me enviaste, en una agonía que nunca antes había experimentado. Fue en ese momento también que mi alma fue inundada con la convicción de que mi plegaria había sido escuchada y que llegaría el alivio.

Fue hace once años que Kari Surdahl se sintió impresionada a enviarme este recuerdo personal de un viaje de Navidad. En su carta del 26 de marzo de 2002, expresó que “muchas personas me habían alentado a escribirla por bastante tiempo. La semana pasada, sentí la impresión de que debía hacerlo [...] Nunca la había escrito hasta ahora.

La historia es sobre una tormenta en la que mi mamá y yo estuvimos durante el receso navideño del colegio secundario en 1977, y el modo en que el Señor nos salvó de quedar atrapadas o, incluso, de morir congeladas [...] Hace dos Navidades, usted me pidió que la escribiera y se la enviara. Le pido disculpas por no haberlo hecho hasta ahora. El Señor debe de tener una utilidad para esta historia, ya que me sentí fuertemente impresionada a escribirla hace unos días”.

¿No es fascinante descubrir cuán largos períodos de gestación pueden tener algunas historias? Esta, por ejemplo: la autora la mantuvo para sí misma durante 23 años, hasta que le pedí que la escribiera para mí. Ella demoró dos años más en hacerlo, por lo que no fue incluida en mis colecciones anteriores de historias sobre ángeles. Por lo tanto, en el tiempo de Dios, estuvo esperando pacientemente en nuestros archivos por once años más. Y ahora, 36 años después, en “el cumplimiento del tiempo”, ¡aquí está!

Descubrirás que es la segunda historia de esta colección (luego de “El punto de inflexión”) en la que la autenticidad del ángel está dada por huellas, o la ausencia de ellas. Presta especial atención a la apariencia, la vestimenta, la personalidad y otros detalles de los ángeles de estas historias. Algunos de ellos insisten en no permitir que nadie vea claramente sus rostros.